

Compróle á menos precio, y hecho cierto  
Ya en su virtud famosas esperiencias  
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.

No solo en invisible sombra esconde  
A quien le trae en la boca, mas quien mira  
Un rayo de su piedra para donde  
El sol los suyos al tocarle gira:  
Como quiere se muda, y corresponde  
A la verdad tan fácil la mentira,  
Que sin trocarse el hombre, en un momento  
Es sierpe, es yerba, es flor, es agua, es viento.

La forma que le da la fantasía,  
Esa es muestra, y esa es figura;  
Proteo con este hechizo se vestía  
Las varias formas de su cueva obscura:  
Contar lo que con él su dueño hacia,  
De aquel yermo en la choza mal segura,  
De trucos y mudanzas, menos pena  
Seria contar al mar ondas y arena.

El medroso ladrón llegó turbado,  
Que el conde ya á caballo le seguía,  
Y al confuso alquimista, rodeado  
De hornos, crisoles y ceniza fria,  
Habiéndole su miedo declarado,  
La alteracion y riesgo en que venia,  
Que le ampare le pide con cautela,  
Pues es de los cursantes de su escuela.

El mago de su anillo un rayo hermoso  
Le derramó en el rostro, con que luego  
De un remedado gato el bulto airoso  
Saltó lanzando por los ojos fuego;  
O sea natural, ó artificioso,  
Propio, ó impropio aquel rebozo ciego,  
No lo sé, solo sé que la vislumbre  
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.

Y por su inclinacion el falaz godo  
Tomó entonces prestada esta figura,  
Que en tienda de alquimista por su modo  
Todo se muere, trueca y desfigura:  
La plata, el oro, la sapiencia, todo  
Al vaciar el crisol se vuelve horrura,  
Y las promesas de mayor cimienta  
Torres pintadas con pincel de viento.

Llegó el conde á la casa del engaño  
Y recibióle el mago comedido,  
El viendo un hombre en traje tan extraño  
Y oficio tan humilde entretenido,  
Y no al sagaz ladrón hecho ermitaño,  
Que en su presencia se ha desaparecido,  
«Sin duda, dijo, yo estoy encantado,  
O es todo sueño lo que me ha pasado.

¿Decidme vos, señor, con mas colores  
Que el arco de las nubes y mas pintas,  
¿Quién sois? ¿qué oficio el vuestro? ¿qué pintores  
Compran y gastan tan diversas tintas?  
¿Tantos aceites, aguas y licores,  
Tantas bugetas varias y distintas,  
De qué menester son? ¿á cual enfermo  
Juntas proveen salud en este yermo?

¿Uno que en esta choza entró huyendo,  
Qué se hizo? ¿dónde fue, ó está escondido?»  
«Señor, respondió el mago, estoy temiendo  
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,  
Como que solo vos habéis pudiendo,  
Y sea lo demás tiempo perdido:  
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio,  
Si gustais de saber quien soy de espacio.

Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados  
Bajos de mí teneis noticia alguna,  
Debajo algunos signos marañados  
Rico nací con infeliz fortuna:  
A Mercurio combusto en los airados  
Rayos del sol, y la inconstante luna  
En el noveno ángulo nocturno,  
Triste y lóbrega casa de Saturno.

Gasté en buscar en el fligir divino.  
Y hacer quintas esencias fabulosas  
Para afijar el cielo, y de oro fino  
Como Midas volver todas las cosas,  
Cuanto oro tuve, y á mis manos vino.  
¡Oh necias esperanzas codiciosas,  
Que haciendo yo cenizas mi tesoro,  
De los carbonos piense sacar oro!

Tres lustros viva salamandra hecho  
Di fuego sin cesar á un horno ardiente,  
Para hacer el napelo sin provecho,  
Ya en mi vana ambicion resplandeciente:  
Cuando el engaño y el crisol deshecho,  
En humo vuelto el círculo aparente,  
De mis trazas corrido y apurado,  
Por huir de mí, dejé casa y estado.

Y en busca de Tabir un nuevo engaño  
Segunda vez salí á surcar la tierra,  
Y de antojo en antojo, y daño en daño,  
A los collados vine desta sierra,  
Donde por modo y artificio extraño  
Algun tesoro incógnito se encierra,  
Si ya de la filosofal piedra el tesoro  
No es quien convierte aquí hasta el aire en oro.

Quedé viendo los riesgos admirado  
En oro ardiendo y en beldad divina,  
Creí en ellos hallar de mi cuidado  
Cumplida la insaciable golosina:  
Pero dejéme el aire al fin burlado,  
Que el codicioso siempre se imagina  
Lleno de montes de oro el pensamiento,  
Que al echarles la mano son de viento.

Salieron á mis ojos destas lomas  
Las fingidas riquezas al encuentro,  
Y en esta choza de untos y redomas  
Un nuevo personaje hallé dentro:  
Yo viéndome entre fuegos, y entre gomas,  
De mi necia pasión me ví en el centro,  
Y al dueño en el oficio y traje extraño  
En verle conocí que era el engaño.

Así de mezclas y colores hecho,  
Que en la vista sutil se deshacia,  
Vario, mudable, sin lealtad, contrechó,  
De alma falaz, y astuta hipocresía;  
Y el mismo al fin que puesto en el estrecho  
Que estoy y estaba entonces me tenia,  
Y yo por engañar al mismo engaño,  
No conocer fingí su bulto extraño.

A la infeliz sazon que yo llegaba  
En afeitar palabras entendia,  
Y hechas de vidrio así las barnizaba,  
Que parecer diamantes las hacia:  
Sola la piedra toque las quebraba,  
Y como esa en su tienda no la habia,  
A los que entraban á comprar entonces,  
Aunque eran vidrios, parecían bronce.

Antiguamente de diamantes era  
El trato que en el mundo se vendia,  
Por de dentro seguro, y por de fuera,  
Que cuanto estaba en él se traslucía:  
Colgar de un sí de entonces bien pudiera  
Uno la suerte de mayor valia,  
Mas hoy ya morirá de mil maneras,  
Quien fiare de palabras lisonjeras.

Eran diamante, y son de vidrio ahora,  
Que á cualquiera desden se quiebra y salta,  
Y el engaño las pule y las colora,  
Y nunca un vulgo que las compre falta:  
Tiene la adulacion lengua sonora,  
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta  
Un corazon, que al mas astuto pecho  
Parece natural, y es contrahecho.

Mas qué mucho que un ánimo aparente  
Del que no es noble dé falsa acogida,  
Si en lo mejor del mundo la elocuente

Adulacion con gusto es admitida:  
No hay sol sin sombra; al gusto mas prudente  
La lisonja es suavísima bebida,  
Y el corazon mas claro, y mas sabido,  
En cavernas sin luz vive escondido.

Tambien entonces iba fabricando  
Del elegir divino alegres llamas,  
Cuyas vislumbres dan de cuando en cuando  
Vuelos oro estos montes y sus ramas:  
Preguntéle ¿quién era? y él usando  
De los ciegos enredos de sus tramas  
Así me respondió, y así yo atento  
De su boca bebí este dulce cuento.

Antes que en las esferas presurosas  
Del cielo hubiese curso y movimiento,  
Ni al sol, luna, ni estrellas poderosas  
Campo espacioso dió el firmamento,  
Cuando esta eterna sucesion de cosas  
Se estable en el divino entendimiento,  
Lo que es ahora mundo y clara esfera,  
Un caos ciego y confuso entonces era.

Estaba el fuego, el agua y tierra,  
Sin forma de agua, tierra, de aire y fuego,  
El aire duro, líquida la tierra,  
Enjuta el agua, sin su fuego el fuego:  
Pesado el aire, sin pesar la tierra,  
Quemando el agua, y enfriando el fuego,  
Aunque sin aire, fuego, tierra, ni agua,  
Ni enfriaba el fuego, ni quemaba el agua.

Yo aquí entre las demás imperfecciones  
Del ciego caos aun sin vivir vivia,  
Hasta que el Dios de todas las naciones  
La preñez sacó á luz que en él habia;  
Y dando á las criaturas ricos dones  
Del firme y nuevo ser que las vestia,  
A mí del bien comun desheredado,  
Por mas provecho me dejó olvidado.

Y el rico tiempo de la edad dorada  
Ciego, y por los desvanes escondido,  
Del liviano temor acrecentada  
La persona fingí que aun no he tenido:  
A lo obscuro engañaba con no nada,  
O en eco por los montes convertido  
Las mordidas palabras repetia,  
Fingiéndome en esto el ser que no tenia.

Hasta que ya el dios Júpiter, cansado  
De reinar con su padre, quiso un dia  
Para sí todo el reino, que el dorado  
Cetro gózase mal en compañía:  
Yo entonces al rey viejo acobardado  
Tristes miedos fingí en la fantasía  
Con que huir le hice, y dejar solo  
El reino al gran rector del alto polo.

Y el nuevo rey en pago á mi servicio  
Esta librea me dió diferenciada,  
Y que solo de noche use mi oficio  
Con arancel y marca señalada:  
Mas que no venda por virtud el vicio,  
Ni mi tienda abra entre la gente honrada,  
Con que el favor templó la mano ingrata  
Lo que al mundo duró la edad de plata.

Mas ya llegando la del bajo cobre,  
Medallas dél por de oro las vendia,  
Con que rico perdí el nombre de pobre,  
Y en ceros fui creciendo cada dia,  
Que como no hay quien la gabela cobre  
De la nueva inventada granjeria,  
Es fácil el mentir, y de importancia  
Al mercader hambriento de ganancia.

Salieron á este tiempo de mi escuela  
Ciertos doctores de ambicion cargados,  
Que el interés y la honra los desvela,  
Y los traen consumidos sus cuidados:  
Fingen pena y dolor sin que les duela,  
Lágrimas sin llorar bienes pasados,

Su nombre es de filósofos, y el pecho  
De hipocresías cautelosas hecho.

Gozóse al mundo esta doblada gente  
Aquel dichoso sig'o en que tenia  
Tal precio la virtud, que aunque aparente,  
El aire aficionaba que traía:  
Mas ya el vicio atrevido osadamente,  
Despreciando el barniz de hipocresía,  
En el mundo ha tomado tal licencia,  
Que entra con la virtud en competencia.

Llegó la última edad de hierro frio,  
Y yo al colmo tambien de mi reinado:  
Júpiter viendo el ciego desvario  
Con que el mundo en mi trato está enredado,  
Atajar quiso y comedir mi brio,  
Y revocarme el privilegio dado,  
A la muerte mandó que me buscara,  
Y la vida ó las fuerzas me quitara.

Pudiera mal librarme de sus manos  
Si acertara una vez á dar en ellas,  
Que al fin todos son términos humanos  
Cuantos corren debajo las estrellas:  
No quise mirar mas respetos vanos,  
Ni dar sin fruto á Júpiter querellas,  
Que en graves casos de materia honrosa.  
Siempre es la floja dilacion dañosa.

Del amor tuve fama que era ciego,  
Y que á tiento volaba por el mundo,  
Aquí está mi remedio dije luego,  
Yo seré en adestrarle amor segundo;  
Y si es cual dicen superior su fuego  
A la muerte, no mal mi intento fundo,  
Que á su sombra ampararme he de manera,  
Que el golpe que me espanta no me hiera.

No poco tiempo, á mucho riesgo mio,  
En mi demanda anduve desvelado,  
Cuando un niño encontré de altivo brio,  
Nació en mis rincones y criado,  
Que con nombre de amor el señorío  
Del mundo sin razon tenia usurpado,  
De alegres ojos mas que un linco, agudos,  
Y que por flechas de oro arroja escudos.

Pretendíome engañar con mis liciones,  
Y es torpe el interés sin favor mio,  
Y así pasé el raudal de sus razones,  
Como un sediento el de un enjuto rio;  
Y tras mi intento el mundo y sus regiones  
Con nuevo aliento á desvolver porfio,  
Villas, ciudades, córtés y cortijos;  
Calles, plazas, rincones y escondrijos.

Hice al rico interés ancho camino,  
Lo que antes era senda mal trillada,  
Por donde ya con ciego desatino  
La gran corriente va del mundo errada,  
Llamando ocio infeliz de hombre sin tino  
Hacer por otra senda la jornada,  
Que el camino real, cursado en todo,  
Es interés de un modo ó de otro modo.

Cansado del rodeo que llevaba,  
Sin duda dije en mí que voy perdido,  
Pues la bonanza busco en la mar brava,  
Y en el mundo el amor que nunca ha habido:  
Cuando un ciego muchacho que volaba,  
En tirar con un arco entretenido,  
Vi en la pajiza choza de un serrano,  
Las flores esperando del verano.

Voló la fama, pregonando luego  
Ser el soberbio dios de los amores,  
De Venus y las gracias blando fuego,  
Tahur de apetitosos disfavores,  
Que á tiento de su arco el golpe ciego  
La tierra asombra y siembra los dolores,  
Y que es tambien fingido este segundo,  
Que el verdadero amor no es deste mundo.

Y aunque desnudo, ciego, y niño alado,  
9..



Sacrificarme quise á su servicio,  
 Que es al fin de importancia bien mirado  
 En casa de algun dios tener oficio:  
 Recibiome por ayo y por criado,  
 Y fuele de importancia mi ejercicio,  
 Que para perfeccion del que él usaba,  
 Solo aprender el mio le faltaba.  
 No hallé cosa en las suyas desabrida,  
 Sino es llamar la muerte sus amantes,  
 Que el nombre, y el temor de su venida,  
 Mudar cada hora me hacia semblantes:  
 Mas como no hay posada así escondida,  
 Ni almenas tan tejidas de diamantes,  
 Que contra el brazo basten de la muerte,  
 Yerro es pensar huir la humana suerte.  
 Llegó una tarde de matar cansada  
 Donde en las alas yo de amor vivia,  
 Y á citar para la última jornada  
 De parte del gran Júpiter me envia:  
 Dile una rica cena, y sobornada  
 De un lleno frasco mientras vino el dia,  
 Troqué á las venas de su aljaba estrechas  
 Por las rubias de amor sus negras flechas.  
 Y ya con la sutil traza seguro,  
 Y el mundo en no advertido riesgo puesto,  
 Con un tiro el amor al reino oscuro  
 El mancebo enviaba mas dispuesto:  
 Y de la seca muerte el arco duro  
 Del viejo helado el carcomido gesto,  
 Alegre en sangre ardiente remozaba,  
 Y trataba de amar, y enamoraba.  
 Viera su general ruina el mundo  
 Si por volverlo á su primer concierto  
 Júpiter no me da en pacto segundo  
 Treguas al golpe de la muerte incierto:  
 Quedó mi estéril pecho ya fecundo  
 No inmortal, mas seguro de ser muerto  
 Mientras durare el mundo, y los mortales  
 Dieren al interés cercos iguales.  
 Y ya con gusto y ánimo voltario,  
 Tras una larga anatomia de cosas,  
 Tal vez me vi pintor, tal herbolario,  
 Y tal fingido intérprete de hermosas:  
 Dando en bruñida tez de un barniz vario  
 Del ya pasado abril hurtadas rosas,  
 Y de mi rico cofre á la mas casta  
 Lo que para engañar los ojos basta.  
 Ahora en soñada alquimia me entretengo,  
 Que de mis lazos es el mas tejido,  
 Y de afeitar lisonjas me mantengo,  
 En dulce hablar, y en ademán fingido:  
 Desde aquí voy á la ciudad y vengo,  
 Y un gran mundo me asombra, que perdido  
 A peso de oro compra estas habillitas,  
 No por mas bien que el oropel de oillas.  
 Así el Engaño me contó su historia,  
 Si algo de historia tiene el cuento extraño,  
 Que del sabio discurso en la memoria,  
 Ni todo ello es verdad, ni todo engaño:  
 Esta es al fin, señor, casa notoria  
 De la fraude del mundo, este es su escaño,  
 Y yo aquí por costumbre y ejercicio,  
 Por heredarle me quedé en su oficio.  
 Es ido á la francesa corte ahora  
 Rico á vender su lisonjera fruta,  
 Que un Conde Galalon que en ella mora  
 Con todo al imperial dosel tributa:  
 Y en lenguaje atrevido, y voz sonora,  
 Es quien todo lo aprueba, ó lo refuta,  
 Y gobernado un rey de un lisonjero,  
 El reino aun tumbo está del dia postrero.  
 Y esto en suma, señor, que habeis oido  
 Es el breve discurso de mi vida,  
 Esta la casa donde habeis venido  
 Del mundo mas cursada y mas sabida:

El ladron que de vos venia huido,  
 Su abreviada persona reducida  
 En este remendado gato puso,  
 Nudo infeliz á su ánimo confuso.  
 Admiró al Conde el vano coronista,  
 Sospechoso que en todo le engañaba,  
 Bien que al volver hácia el ladron la vista,  
 Los blancos dientes vió que arremangaba;  
 Y sin curar mas dél, ni su alquimista,  
 Tras el caballo fué que le guiaba,  
 Y Garilo, ido el Conde su enemigo,  
 Arañar quiso al sospechoso amigo.  
 Mas fuese á él, y con la vista atenta  
 La piedra mira, y vuelve á su figura  
 Y humilde ruega al sabio le dé cuenta  
 De qué artifice fue tal escultura,  
 Y por mayor regalo le consienta  
 Mirar si deja verse su hechura,  
 Porque en todo contar pueda, y en parte,  
 Della el primor, y de su autor el arte.  
 Dentro en la fragua en que se forja el dia  
 Está, respondió Arnaldo, la sagrada  
 Masa de lumbre con que el cielo cria  
 Cuanta se ve en sus bóvedas sembrada:  
 Comun á todos dioses ser solia,  
 Mas ya á cargo del hado encomendada  
 Por su ajustado peso se reparte,  
 Y da á su dueño la dichosa parte.  
 Traen desta santa luz los celestiales  
 En la divina frente cierta estrella,  
 Que impasibles los vuelve de inmortales,  
 Y toda su deidad les nace della:  
 Y cuando á ver los términos mortales  
 De lo alto bajan de su corte bella,  
 Así en vapor sutil vuela sobre ellos,  
 Que la vista mortal no alcanza á vellos.  
 Con ella se convierte y se transforma  
 En la figura cada cual que quiere,  
 Y della los fingidos miembros forma  
 En que su infatigable aliento ingiere,  
 Y el cielo en su virtud tambien reforma  
 Cuanto en el ancho mundo nace y muere,  
 Y desta lumbre al fin á cuanto llega  
 Cierta deidad y olor de Dios se pega.  
 El antiguo Prométeo esta lumbre  
 Del escalado cielo hurtó un dia,  
 Y este anillo labró de una vislumbre:  
 Que del humano ser sobrado habia:  
 Y cuando allá del Cáucaso en la cumbre,  
 Conforme al sacrilegio merecia,  
 Fue por el dios Mercurio aprisionado,  
 Y al insaciable buitre encomendado,  
 Hércules le libró de aquel tormento,  
 Y él en pago le dió el precioso anillo,  
 El primero en el mundo, y de mas cuento,  
 Que pulió lima, ni forjó martillo:  
 Y entre otras ricas joyas el hambriento  
 Ladron Caco le hurtó de su castillo,  
 Deste le hubo su padre el dios del fuego,  
 Que á su querida Venus le dió luego,  
 Venus despues al fin le dió á Cupido,  
 Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte  
 Dél le hube, en cuyo circulo esculpido  
 De lo criado está la mejor parte:  
 De una oculta virtud enriquecido,  
 Que dejo de decir por no cansarte,  
 Y él por mí te dirá, si coronista  
 Haces de su primor tu atenta vista.  
 Dijo, y mostrando el dedo en que tenia  
 La sortija, á Garilo dió la mano,  
 Que del cuento admirado, y lo que via,  
 Ilusion le parece, ó sueño vano:  
 Mas advirtiéndole el lance que ofrecia  
 De la centella el circulo galano,  
 Que es, en respecto de su gran tesoro,

La plata humild estaño, y cobre el oro:  
 Dando una vneita y otra sacar pudo  
 Del dedo el soberano engaste, y luego  
 Formando de un dragon el feroz nudo,  
 Humo lanzando por la boca y fuego,  
 En torno revolvió el cuerpo membrudo:  
 El mago huyó, y el que del Rey Gallego  
 Dueño se halló de la preseña mas prima,  
 Que de Vulcano abrió la sutil lima.  
 Quedó el vano alquimista vuelto en humo,  
 Como otras veces su saber burlado,  
 Rico el ladron con el precioso grumo  
 De celestiales luces amasado:  
 La virtud sabia, el artificio sumo  
 Del cerco de oro, y del que le ha robado,  
 Yo lo diré otra vez, sino se embebe  
 En ocasion mas grave el tiempo breve.  
 Que ahora Malgesí, en el centro oscuro  
 De su barco rayando en un cuadrerno,  
 A voces pide al carcomido muro  
 De la pálida muerte medio infierno;  
 Donde apenas se oyó el acento impuro,  
 Cuando á porfia pasa el lago Averno  
 Una oscura legion, que al aire blando  
 El navío levató, y llevó volando.  
 Traia el mago á Reinaldos del Oriente.  
 A vengar el agravio recibido,  
 Y porque á Carlos sin su espada ardiente  
 Muerto le ve, y su ejército perdido,  
 Cuando del turbio Egeo el mar potente  
 De cien navios el suyo dió ceñido,  
 A quien mil golpes añadió Morgante,  
 Que ahora en verse volar paró arrogante.  
 Seis triángulos de oscuros marineros  
 El timon rigen y las huecas velas,  
 Y solo al mago con sus tres guerreros  
 Del leño cíen las gurbizadas duelas:  
 Paró alegre el jayan sus golpes fieros,  
 Viendo quedar del mar las carabelas,  
 Y él subir esgrimiendo en raudó vuelo,  
 Vencido el mundo, con su espada al cielo.  
 Reinaldos y Orimandro que el gigante  
 En trato y gusto ven mas reportado,  
 Con amigable paz le van delante  
 Todos tres uno de otro aficionado:  
 O fue su complexion, ó fue el radiante  
 Aspecto de astro bien afortunado,  
 O Malgesí con su a purado infierno,  
 Que aun todavia rezaba en el cuaderno.  
 Salió el mago francés de lo escondido  
 Viendo en conforme amor los tres guerreros,  
 Y dellos con agrado recibido  
 A regir se sentó sus marineros:  
 El corzo, que por señas ha entendido  
 Ser aquel quien los lleva así altaneros  
 Por la region del aire, á él se llega,  
 Y que le diga donde va le ruega.  
 «Señor, le respondió el francés turbado,  
 Yo á ver enderezaba un nuevo mundo  
 Que á hallarse vendrá, y á ser ganado  
 Cuando sus golfos abra el mar profundo;  
 Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,  
 Mas mi primer intento haré segundo,  
 Como yo sepa el vuestro, y á vos solo  
 De mi nuevo viaje el firme polo.»  
 «Antes, dijo Morgante, á esas famosas  
 Regiones nos llevad, que yo os lo pido,  
 Que quien ver no desea extrañas cosas  
 Animo tiene corto y encogido;  
 Y si allá hay aventuras peligrosas  
 Mostrádmelas con ánimo atrevido,  
 Que este brazo, á pesar de las estrellas,  
 Seguro paso os abrirá por ellas.»  
 Dijo, y contentos del famoso vuelo  
 Con que su esquife corta el aire blando,

Los anchos mares, y el humilde suelo,  
 De lo alto miran irse adelgazando:  
 Y cuanto mas el curso sube al cielo,  
 El mundo tanto mas se va abreviando,  
 Que de su ser fantástico desnudas  
 Todas las suyas son cosas menudas.  
 El mas hinchado monte humilde envia  
 Su preñez vana, los colosos feos,  
 Cuya altura las nubes escedia,  
 Mirados desde arriba son pigmeos:  
 Ejércitos de hormigas parecia  
 La mas noble ciudad, sus coliseos,  
 De balcones cubiertos y de rejias,  
 Breves castillos de un panal de abejas.  
 El sabio en medio de los tres guerreros,  
 «Mirad, dijo, en el mundo y sus regiones,  
 Cuán breves puntos y pequeños fueros  
 Las grandezas alcanzan y ambiciones:  
 ¡Qué humildes sus alcázares roqueros!  
 ¡Qué menudos sus grandes escuadrones!  
 ¡Qué abreviada parece de lo alto  
 La grave magestad del rey mas alto!  
 ¡Sobre qué estrecho y breve fundamento  
 Estriba y pára la ambicion humana!  
 ¡Por cuán angosto y apretado asiento  
 El cetro corre y mitra mas ufana!  
 ¡En qué puño de tierra halla el viento  
 Tan grandes leguas de locura vana!  
 ¡Y por cuán pobres causas y ocasiones  
 El deseo de mandar mueve cuestiones!  
 Suelen los niños en la edad primera,  
 Con el corto caudal de su talento,  
 Dar sazon á sus juegos de manera,  
 Que de veras les sirven al contento:  
 Quién caballos de caña, quién de cera,  
 Quién libreas de papel, ruedas de viento,  
 Toros, guerras, hogueras y castillos,  
 Que como el tiempo son sus cuidadillos.  
 Sacan tal vez sus débiles muñecas,  
 Y allí sus fiestas fingien y sus bodas,  
 Y aunque de humildes paños cañas huecas,  
 En gusto vencen la que asombró á Rodas:  
 A unas ponen estrados, á otras ruecas,  
 Aquellas sirvan, y á esta sirvan todas,  
 Esta sea hoy la reina, esta mañana,  
 Vistan á esta sayal, y á la otra grana.  
 Son ensayos del tiempo venidero,  
 Por donde el mundo corre en curso blando:  
 Ser caballo de caña ó verdadero,  
 Va á decir poco á quien le está mirando:  
 Ser castillo fingido, ó ser roquero,  
 Y los soldados de veras, ó burlando,  
 Las libreas de papel, ó rasos llenos,  
 Todo es un poco mas, ó un poco menos.  
 Es el mundo una farsa de opiniones,  
 Que á todos encandila y entretiene,  
 Y aunque humilde reparte estimaciones  
 Conforme el tiempo y la ocasion le viene,  
 El que hoy es Salomon en sus razones,  
 Mañana ni le valen ni la tiene,  
 El que fue ayer gigante, hoy es enano,  
 Y muere rey el que nació villano.  
 ¿Quién al hombre no ve en humi' de puesto  
 Ser juguete inconstante de fortuna,  
 En entremeses y mudanzas puesto.  
 Viejo en el ataud, niño en la cuna?  
 Un dia con salud, otro indispuerto,  
 Ya al rincon, ya en el cuerno de la luna,  
 Ya alegre, ya con triste sobrecejo,  
 Ya gorgeando, ya tosiendo á viejo?  
 Pues si de sus soberbias los blasones  
 Mas encumbrados mira y altaneros,  
 Verá del hueco mundo las regiones  
 Quererse hacer millares, y ser ceros;  
 Iguales caballeros y peones,



De un tamaño los reyes y escuderos,  
Solo que la fortuna por su gana  
A estos presta sayal, y aquellos grana.  
Bien que estos varios juegos de fortuna,  
Los graves alibajos de su rueda,  
Así los que hay encima de la luna,  
Como lo que por nuestro abuso queda,  
Todo es traza divina, á quien ninguna  
Otra puede llegar por mas que pueda,  
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,  
Ni una gota de mas ó menos llueve.  
Mas que sean breves y menudas cosas  
Cuántas el mundo tiene por trofeos,  
¿Quién jamás lo ignoró? ¿quién sus pomposas  
Torres no ve ser nidios de pigmeos?  
Y si estas no son voces poderosas  
Para desencantar vanos deseos,  
Y ver que en su soberbia nube hinchada  
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada:  
Ved esta breve mancha, que torcida  
La forma hace de un dragon hermoso,  
Y es de Europa la tierra, en quien ceñida  
Del mundo está la parte mas precio a:  
Sana, templada, fértil y florida,  
De rubio oro y regalos abundosa,  
Honesto trato y nobles calidades,  
Villas, pueblos, castillos y ciudades.  
La Sarmacia de Europa es la primera  
Que allí de Asia arrinconan los mojonos,  
Y el Hiperbóreo monte una ladera  
Voraz carcome dentro en sus regiones:  
Donde seis meses tienen noche entera  
Los que entre el yelo rompen sus terrones,  
Y sin mudar jamás temple ni cielo,  
De unas estrellas gozan, y de un cielo.  
Allí son los altísimos Rifeos,  
Y el Tanais que en sus faldas nace y crece.  
Y sin gozar del mar ni sus deseos  
En la laguna Meotis fenecer:  
El Bósforo es aquel, y allí los feos  
Agatirsos están, aquí parece  
El sitio de los sármatas y alanos,  
Y allí los masagetas inhumanos.  
La Chersoneso Táurica es aquella  
Que al parricida Orestes vió asombrado,  
Y en el sangriento altar de la doncella  
A su alfange divino arrodillado:  
Dácia, y el gran Dorisco en medio della,  
Allí hace cien mil hombres, con que armado  
Quiso Xerxes escudo por escudo  
Su ejército contar, y apenas pudo.  
Como famoso labrador que echa  
Su limpia parva en el agosto amigo;  
No cuenta grano á grano la cosecha,  
Mas á colmadas troges mide el trigo;  
Así en aquel Dorisco, que una estrecha  
Celda de aquí parece, el rey que digo  
Su ejército midió á teatros llenos,  
Sin que cupiese aun en catorce senos.  
El monte Hemo es este, que su altura  
Casi nos cierra el paso sobre el viento,  
Cuyas cumbres descubren la llanura  
Del Egeo mar, y el Jonio turbulento;  
Y el Ismaro cubierto de frescura,  
Por donde Orfeo derramó su acento,  
Y del Pangeo monte la cabeza,  
Que al mar óprime y rompe su braveza.  
Esta que así arrimada al mediodía  
Una ancha hoja forma de higuera,  
Donde del istmo estrecho la porfía  
A pesar de dos mares persevera,  
Es el Peloponeso, fuente y cria  
De las humanas letras: la severa  
Corinto aquella, que de sus ruinas  
Roma gozó riquezas peregrinas.

Los Léleges, Teléboes y Curetes  
Son los que allí parecen derramados,  
Y aquellos los caballos y ginetes  
De Acarnania, y sus pueblos celebrados  
Y los que entre tus pinos entremetes,  
Oh humilde Arcadia, de árboles criados  
Son estos, y los otros los mojonos,  
De Pelagios, Parresios, Licaones.  
El Ténaro es aquel, que el mar salado  
Fuegos del hondo Flegeton vomita,  
Y el promontorio Málea señalado,  
Que el paso á las erradas naos evita:  
El Espartano pueblo celebrado  
Allí (si aun dura su memoria) habita,  
Y estos son los remansos cristalinos  
De Erimanto, y de Ménalo los pinos.  
La Pirrea Tesalia, coronada  
De señalados montes, es aquella:  
El altísimo Olimpo, y su nevada  
Frente, que toca á la mas alta estrella;  
Y de Oeta la cumbre celebrada,  
Con el sepulcro de Hércules en ella:  
El Osa, de los dioses enemigo,  
Y de centauros el establo antiguo.  
Aquí es el valle Flegra peñascoso,  
Donde la celestial caballería  
Peleó con todo un campo monstruoso,  
Que en favor de los Titanes venia;  
Donde del gran destrozó belicoso  
Las reliquias se gozan todavía,  
Y los collados aun se están cubiertos  
De blancos huesos de gigantes muertos.  
Este es el alto Pélion que al Oriente  
Hurta la primer luz de la mañana,  
Y de escalon sirvió y altiva puente  
En la disforme guerra soberana:  
Y aquel rio de cristal resplandeciente,  
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,  
Es el padre de Danae, el gran Peneo,  
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.  
Y aquel pequeño valle, por quien pasa  
De flores coronado y hermosura,  
El celebrado Tempe, en quien sin tasa  
Flora vertió su cuerno de frescura;  
Donde en verde jardin y alegre casa  
El florido verano siempre dura,  
Y Anfriso por allí voltea solo,  
Ufano de mudar el nombre á Apolo.  
El turbio Anagró de aguas hediondas,  
Donde lavó el Centauro sus heridas,  
Es el que por allí lleva las hondas  
Riberas, de veneno ennegrecidas:  
Y el claro Anáuro de plateadas ondas,  
Sesgo, sereno, y de olas recogidas,  
Que con vapores, nieblas, ni rocío,  
Jamás destempla, ni hace el aire frío.  
Esta costa de mar, que del Egeo  
Al Jónio va á buscar la estrecha puerta,  
Y del frío y altísimo Pangeo  
Hasta el Acroceranio corre abierta,  
Es Acaya, y su templo Dodoneo,  
Adonde en su inmortal selva, cubierta  
De encinas duras, daba un Dios potente  
Respuestas otros tiempos á la gente.  
La antigua Macedonia y sus collados  
Son estos con que el ancho Epiro crece,  
A quien dos veces en contrarios hados  
Romana sangre sin por qué humedece;  
Y aquellos rayos de cristal grabados,  
Que otro cristal mayor desaparece,  
Sesenta navegables rios y fuentes  
Son, que al Danubio entregan sus corrientes.  
Y él, cargado de gentes belicosas,  
Ferozes pueblos, bárbaras naciones,  
Por selvas de arboledas deleitosas

Del mar de Scitia busca los rincones,  
Donde por siete puertas anchurosas  
En él descarga sus preciosos dones,  
Dando en testigo á su feliz entrada  
La hermosa Péucea de ovas coronada.  
Entre estas ferocísimas riberas  
Y el Adriático mar corre la costa  
Del Ilirico reino, y sus fronteras,  
Contrapuestas en playa y luna angosta,  
La Albania, la Dalmacia y las laderas  
De Liburnia, y la Istria, á cuya costa  
El azote parió en parto fecundo  
De Atila otra Venecia nueva al mundo.  
Debajo aquel celaje y niebla fria  
Que del Dantisco mar se va exhalando  
La alta Podolia corre, y la Rusia,  
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando:  
Cracovia, Pomerania, y la Dania,  
La fria Noruega de continuo helando,  
Con otro inmenso y áspero gentío,  
De leyes varias, y de asiento frio.  
Y aquel celaje azul, que ancho y tendido  
Un raso cielo desde aquí parece,  
Es el Gótico mar, que allí escondido  
Al polo con sus olas humedece:  
De potentes islas oprimido,  
Donde Tile en sus fuegos resplandece,  
Y asombra con fantasmas ordinarias,  
Las resaca á sus playas solitarias.  
Las Orcades pendientes sobre el yelo  
Allí han de estar sembradas y esparcidas,  
Y las Ebudas de un estéril suelo  
Entre nieve acullá y cristal metidas,  
Con las que al Norte por zenit del cielo  
En cuatro euripos tienen repartidas,  
Y la Hipérborea, libre gente ociosa  
En quieta vida goza, y paz sabrosa,  
Mas ya dejando este intratable cielo  
De fria niebla y de rigor vestido,  
Y el eje eterno de cristal y yelo  
Sobre que se revuelve el mundo unido,  
Volved los ojos á aquel fresco suelo  
Que ufano estiende allí el cuerno florido,  
Y vereis la dichosa y rica tierra  
Que el Apenin divide, y el mar cierra.»

ALEGORIA.

Orlando burlado por tantos modos de Garilo, significa que el descuido y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quiere ser engañado de traidores. En el alquimista, y sus engañosas fabulas, se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo, que si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los menos por los mas; no obstante que la piedra filosofal, ó fligir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables transformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento, sean en su comparacion cortas, y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores transformaciones y maravillas.  
En el truco de las flechas del amor, y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años, y cómo aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.  
La conversion de Garilo en gato, dice cuan dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.  
Malgesi, que con sus conjuros levanta volando su navío, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa, cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de

Persia, en Reynaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca substancia.

LIBRO DÉCIMO-SESTO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orimandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

Dijo, y templando en vuelo sosegado  
Las velas al favor de un fresco viento,  
En dia claro y cielo sosegado  
Fue descubriendo el italiano asiento:  
Y el mundo donde vuelan asombrado  
De su nuevo viaje, ciento á ciento  
De las ciudades salen, y las villas,  
A ver las nunca vistas maravillas.  
Puesto ya el pescador su corvo anzuelo  
Al engañoso cebo, y levantada  
La tembladora caña en alto al cielo,  
Con la vista se queda embelesada:  
Y el humilde ganan rompiendo el suelo  
Con la yunta de bueyes alquilada,  
De tan nuevos portentos asombrado  
A la mancera se quedó arrimado.  
No hubo pobre oficial tan codicioso  
Que por verlos no deje su tarea,  
Ni rey á quien no asombre el espantoso  
Barco que el aire y su region pasea,  
Ni villano tan terco y malicioso  
Que con la boca abierta no los vea,  
Ni viejo así encogido y encorvado  
Que esta ocasion no le haya enderezado.  
Como en tiempo de eclipse el temeroso  
Vulgo, en bardos y cuentos repartido,  
El enlutado sol mira medroso,  
A quien su hermana tiene oscurecido;  
Que cualquiera hecho astrólogo famoso  
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,  
Y el natural efecto del planeta  
A su traza y su modo lo interpreta.  
Así el barco volando por el viento  
El mundo tiene en bandos alterado,  
Y á cada cual conforme á su talento  
Con mas temor ó menos asombrado:  
Quizá del estrellado firmamento  
La argonautica se ha desencajado,  
Y cargada de dioses va camino  
En busca de algun nuevo vellocino.  
Otro menos leido, y mas medroso,  
La barca dice que es del lago Averno,  
Que preñada de mundo mentiroso  
Traslada hombres fingidos al infierno;  
O que es la nao sagrada del glorioso  
Pedro, barquero celestial y eterno,  
Que huyendo del mundo en feliz vuelo,  
Con la fe y la verdad se sube al cielo.  
Y ellos siguiendo el celestial camino  
Del asombrado mundo van gozando,  
Cuando el suelo de lejos ven latino  
La hermosura del mundo sustentando:  
Y prosiguiendo el mágico adivino,  
La proa á la Calabria enderezando;  
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,  
De riscos coronada y de maleza;  
Es el Gárgano altísimo, sagrado  
Alcázar del Arcangel poderoso,  
Que al católico ejército fue dado  
Por capitán y principe glorioso,  
Y el pueblo de Diomedes, va trocado  
El nombre en apellido mas dichoso,  
Cuyos collados del Salmicio bando  
Cuerpos están y sangre regoldando.»